

VI

DESARROLLO, EFICIENCIA Y EQUIDAD
EN AMÉRICA LATINA

Alicia Puyana

RESUMEN

A partir de los debates actuales en torno a los fundamentos de la economía neoclásica y marginalista, así como de las falsas dicotomías creadas entre economía positiva y normativa y entre eficiencia y equidad se analizan los efectos de las metáforas de la física aplicadas a la economía, y de los axiomas ergódicos con capacidad predictiva como base para sustentar el carácter científico de la economía, por encima de intereses políticos de clase. Las experiencias de América Latina, especialmente de México, en los últimos 30 años son buen ejemplo para analizar los efectos de los supuestos económicos de los modelos macroeconómicos, que aplican basamentos de la microeconomía y asumen mercados en competencia perfecta como un *Homo economicus*, el agente económico; un individuo representativo y racional que toma decisiones óptimas, informadas y predecibles, en beneficio propio y de la sociedad.

Palabras clave: Economía neoclásica, América Latina, México, modelos macroeconómicos, desarrollo económico.

DEVELOPMENT, EFFICIENCY AND EQUALITY
IN LATIN AMERICA

ABSTRACT

This work analyzes the effects of metaphors taken from applied physics and used in economics, with respect to current debates about the basis of neoclassical and marginalist economics and false dichotomies created between positive and normative economics and efficiency and equality, as well as ergodic axioms with predictive capacity to support the scientific nature of the economy, outside of political class interests. Latin American experiences over the past thirty years, especially in Mexico, are a good example to analyze the effects of the economic assumptions of macroeconomic models that apply the foundation of microeconomics and assume that markets are in perfect competition, like *homo economicus*, the economic agent who is a representative and rational individual that makes optimal, informed and predictable decisions to his own benefit and to that of society.

Key words: Neoclassical economics, Latin America, Mexico, macroeconomic models, economic development.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo sembrar el desarrollo en América Latina?, es una pregunta que, a 200 años de iniciadas las luchas por la independencia y de lograrla, no ha desaparecido ni de la agenda política ni de la reflexión académica y, por supuesto, tampoco de las preocupaciones existenciales de la mayoría de los habitantes de América Latina. No obstante los logros obtenidos en los años de vida republicana, el balance no es del todo positivo al ubicar a América Latina en el contexto internacional, perspectiva necesaria dada la integración de la región a la economía mundial, cada vez más globalizada. Los rezagos se mantienen en muchas asignaturas y parecería que la capacidad de respuesta de la región a los choques externos es cada vez menor, como lo atestigua el impacto, si bien diferenciado, de la última crisis mundial.

En este ensayo se discute el rol de la ciencia económica a propósito de la crisis económica que a un quinquenio de estallar aún padece el mundo y que contagiara a la región latinoamericana. Nuestra propuesta analítica es que años antes de la crisis económica existía ya una crisis severa de la economía, la disciplina del conocimiento, de los fundamentos teóricos que sirvieron de base al modelo establecido desde mediados de los años setenta. Ésta es la economía que se enseña en las facultades y se divulga en los medios de información masiva y especializada y está en la raíz de los magros avances de la economía de la mayoría de los países de América Latina.

En efecto, la crisis de 2007, que estalló en el sistema financiero estadounidense y se expandió en todo el mundo *como chispa que prende fuego en la pradera*, puso en evidencia la falacia de los supuestos teóricos que sustentaron el modelo que rigió la economía mundial, en los últimos 30 años, según el testimonio explícito que, para explicar la crisis financiera, rindiera el 23 de octubre de 2008 ante el Congreso de los Estados Unidos el gran arquitecto del andamiaje financiero, el señor Alan Greenspan, al cual nos referiremos adelante.

La reflexión parte de los debates sobre los fundamentos de la economía neoclásica y marginalista y sobre las falsas dicotomías creadas entre economía positiva y normativa y entre eficiencia y equidad. Analiza los efectos de las metáforas de la física, aplicadas a la economía, y de los axiomas ergódicos como base para sustentar el carácter científico de la economía, ubicarla por encima de intereses políticos de clase y enfatizar su capacidad de predicción. Se eliminó de esta forma el análisis del poder y se despojó a la economía de sus vínculos con la política. ¡Se la esterilizó!

Las experiencias de América Latina, especialmente de México, los últimos 30 años son buen ejemplo para analizar los efectos de los supuestos econó-

micos de los modelos macroeconómicos que aplican basamentos de la microeconomía y asumen tanto mercados en competencia perfecta, como un *Homo economicus*, el agente económico, individuo representativo y racional, que toma decisiones óptimas, informadas y predecibles, en beneficio propio y de la sociedad. Consideramos que el limitado crecimiento económico de la región, desde la liberalización de la economía, tiene algo o mucho que ver con el traslado acrítico y políticamente motivado de los supuestos del modelo macroeconómico de oferta y liberalismo económico de las políticas públicas. No es la intención realizar ejercicios econométricos contra factuales. Deseamos sólo presentar el debate intelectual actual en torno a las falencias de la economía, mismo que se remonta varias décadas atrás y que retornó como efecto de la crisis que no cesa, la de 2008.

Este trabajo se desarrolla así: en las segunda y tercera sección se plantean los elementos teóricos en crisis y los avances en el debate. La sección cuarta discute la falsa dicotomía entre políticas económicas y sociales, entre economía positiva y normativa y entre equidad y eficiencia, se evidencian elementos centrales de la trayectoria posreformas de las economías de América Latina, no del todo halagüeñas, por cierto, y en la quinta se concluye.

¿CRISIS DE QUÉ?

¿La economía, una ciencia más allá de la sociedad?

Por la necesidad de dar la certeza indispensable para alimentar los *espíritus animales*, sin los cuales el capitalismo no se sostiene, la ciencia económica limitó la macroeconomía a modelar sólo lo que se puede sostener con los fundamentos microeconómicos del agente representativo y expresarlos en modelos econométricos, cada vez más complejos. Esta vía condujo al predominio de la econometría sobre la economía y a desviaciones de su enseñanza para cumplir los requisitos demandados por los sectores dominantes en los mercados de bienes y de capitales. La economía, según Samuelson (1969: 184), tenía que ascender *del reino de la historia al imperio de la ciencia*, para lo que era necesario adoptar el método de las ciencias naturales y construir axiomas basados en principios, que ratificaran que el futuro económico está predeterminado por un proceso estocástico ergódico y, por lo tanto, el oficio de los economistas se reduce a calcular las distribuciones probabilísticas de los precios y del producto futuros. “...este proceso asegura que, una vez los actores económicos movidos por su interés individual tienen la información confiable sobre el futuro, invertirán correctamente en las actividades que den los retornos más elevados

y garantizarán la prosperidad global” (Davidson, 2012: 3, traducción propia), y, agrega Davison, en estos axiomas basaron muchos autores (por ejemplo, Lucas y Sargent, Cochrane, Stiglitz, Mankiw, Friedman, Scholes) sus aportes teóricos y consagraron este método como el único científico y moderno en el cual debe sustentarse la investigación económica.

Así, los eventos económicos se repiten inexorablemente en una trayectoria conocible y, a partir de los hechos pasados y sin contemplación de las condiciones iniciales y particulares, es factible predecirlos y responder a ellos, sin tratar de alterar su curso. Los axiomas ergódicos como el *Nuevo Traje del Emperador*, al vestir la economía con el ropaje de las ciencias naturales, la transformaron de ciencia social en ciencia exacta, con la capacidad de predecir, y a sus modelos el carácter de axiomas irrefutables, verdades únicas, más allá de todo contexto social, político, histórico. Así, el mercado devino en el restaurador del equilibrio universal. Esta metamorfosis de la economía, como lo apuntó Galbraith¹ (1974) en su alocución presidencial a la 85 reunión de la American Economics Association, no responde únicamente a la necesidad de elevar la certidumbre y reducir el riesgo, sino a la pretensión de subordinar al Estado y la sociedad a los dictámenes del mercado y a “rechazar toda herejía, es decir, cualquier cosa que pareciese amenazar la santidad de la propiedad, los beneficios, la política arancelaria adecuada, el presupuesto equilibrado, o que implicase simpatía hacia los sindicatos, la propiedad pública, la regulación pública, o los pobres en cualquier forma organizada” (Galbraith, 1974: 239). El autor añade que al omitir en el análisis el poder y “convertir la economía en una disciplina no política, la teoría neoclásica destruye, por el mismo proceso, su relación con el mundo real” (Galbraith, 1974: 240). Así, la teoría económica, la clásica y la neo-keynesiana, según Galbraith, al distanciarse de los serios problemas del mundo real y limitarse a proponer modelos que nada explican y sugerir medidas equivocadas (*Ibidem*). En este tipo de propuestas se inscriben, por ejemplo, las dos propuestas más consolidadas sobre el calentamiento global. Por una parte, la que prioriza la adaptación, es decir, no hay que intervenir, es el curso normal de la tierra y la humanidad se ha ajustado a sus cambios y, por el otro, la que si bien acepta la necesidad de revertir o al menos contener el calentamiento, centra las soluciones en los mecanismos del mercado.

La metamorfosis de la economía inquietó a los miembros de la American Economic Association, quienes preocupados por la formación ofrecida en los programas de posgrado de las facultades de Economía de los Estados Unidos convocaron a un selecto grupo de economistas, incluidos varios premios

¹ Agradezco a Oscar Ugarteche el haberme facilitado este texto de Galbraith.

Nobel,² a integrar una Comisión, con el propósito de analizar y valorar los cursos impartidos y el tipo de egresados con títulos de posgrado en economía. En su reporte, el grupo lamentó constatar que la economía se había reducido a una rama de las matemáticas aplicadas y desvinculada del mundo, los eventos y las instituciones reales. Según la Comisión, los programas de posgrado “producen generaciones de economistas, *idiot savants*, muy duchos en técnicas, pero inocentes de los hechos económicos reales” (Comisión, 1991). Las mayores fallas, no enseñar historia, filosofía, geografía, instituciones y, por supuesto, economía y no leer a los autores clásicos. La economía recibió el embate de intereses muy poderosos.

Esta falta de sensibilidad hacia los problemas reales de la sociedad, evidente en los programas de ajuste que hoy emprenden países de la Unión Europea, en el debate para elevar el techo de la deuda pública estadounidense, en la renuencia a establecer normas adecuadas de regulación de los mercados financieros y en la reforma constitucional en España, fijando un límite al déficit fiscal, llevó a economistas de varias partes del mundo a crear la World Economics Association, en pro de una ciencia económica de frente a los problemas reales. La trayectoria continuó y los programas no se modificaron o lo hicieron intensificando los defectos señalados por la Comisión (RDMP, 2009), a tal punto que en septiembre de 2000 estudiantes de economía de la *École Normale Supérieure* de Francia protestaron contra la excesiva formalización matemática en economía, no por rechazo o miedo a las matemáticas, sino por la “esquizofrenia” creada al entronizar el modelaje como el fin de la economía y ponerla de espaldas a la realidad. En sana postura, invocaron el fin a la hegemonía de la teoría neoclásica y el retorno al pluralismo, abierto a considerar la “realidad concreta” (Post-Autistic Economics Newsletter, 2000). No parece que se haya avanzado mucho en esa ruta, no al menos en Estados Unidos, según Simon Wren-Lewis (2010), que lamenta que estudiantes brillantes interesados en estudiar el mundo real eviten hacerlo pues no son claros los supuestos microeconómicos. Movimientos similares se pusieron en marcha en universidades argentinas. También entraron en cuestionamiento los basamentos ontológicos, epistemológicos e ideológicos de la vertiente norteamericana de la ciencia política, que al trasvasar a sus modelos analíticos, los de la economía neoclásica, expulsó de su análisis la política y la transformó en relaciones de intercambio entre pares, en un juego de suma positiva en el cual todos los actores ganan (Retamozo, 2009).³

² Comisión establecida en 1988 por la American Economic Association para evaluar los posgrados de economía en Estados Unidos, *Journal of Economic Literature*, septiembre, 1991.

³ Agradezco a la Maestra Agustina Costantino sus comentarios y el suministro de esta referencia.

Sobre el uso y abuso de las metáforas

La teoría económica, a partir de Smith y Ricardo, se basa “en metáforas de la física”.⁴ La sociedad, y el universo, están regidos por manos invisibles. En el cosmos, la mano invisible mantiene en orden a los planetas, los ríos, las corrientes marinas, las placas tectónicas y, luego de cataclismos, restaura el equilibrio. El mercado es la fuerza natural que en la economía, y en la sociedad, recrea automáticamente la armonía, cuando ésta se rompe y lo hace con plena utilización y el más racional empleo de los factores productivos y a un costo mínimo, menor si manos visibles intervinieran. En los años setenta, la economía se sumergió en el proyecto de asimilar la macroeconomía a la microeconomía, estableciendo que basta el estudio del comportamiento de los individuos, supuestamente racionales y perfectamente informados, para resolver los problemas relacionados con el crecimiento, la inflación, los ciclos económicos, los choques externos, el desempleo, la concentración del ingreso. Así, los economistas, armados con un arsenal de largas series de tiempo para universos amplios, decenas de países e innumerables variables, trataron, al igual que los físicos, de encontrar una ley universal capaz de explicarlo todo y de predecir el futuro con certeza. Y, “si alguna teoría podría explicarlo todo, sólo podía ser la basada en información completa, la racionalidad del actor económico y la eficiencia del mercado. Cualquier otra teoría tendría que considerar y dar cuenta de las imperfecciones del mercado, las economías de escala, las fallas de la información y la irracionalidad de los actores, a partir de la información defectuosa o insuficiente” (Kay, 2009, traducción propia). Con este arsenal teórico, empírico e ideológico se construyeron modelos cada

⁴ El uso de metáforas y no sólo de la física es abundante y continuado. Los modelos econométricos son la formulación matemática de éstas. El debate sobre la retórica y el uso de metáforas en la economía es intenso y, de menospreciarlas como anticientíficas, no modernas, se ha aceptado su utilidad. Desde Smith y Ricardo, las metáforas están presentes en el lenguaje económico: la mano invisible, el tiempo es dinero, burbujas, recalentamiento, el mercado laboral. El problema no es que se usen metáforas, sino cuáles, por qué razones, con qué fin se usan y, lo más grave, que se osifiquen y no alimenten la investigación. Krugman (1997) y Steven Landsburg (2010) sugieren que la retórica económica parte de parábolas que, como las de Esopo, para tener una moraleja clara no tienen que ser verdaderas ni siquiera realistas. Sólo requieren ser bien contadas. El ejemplo es la parábola de la ventana rota, del libertario C. F. Bastiat (1850). No obstante, Krugman afirma que de todas formas deben ser probadas con los hechos empíricos. Ver sobre el rol de las metáforas en el proceso de conocimiento y aprendizaje: Deirdre N. McCloskey, *The Rhetoric of Economics* o Philip Mirowski (1994), también Arjo Klamer, Donald N. McCloskey, Robert M. Solow, 1989 o Arjo Klamer, 2007.

vez más sofisticados que, si han ganado en precisión de lo que se puede aprehender, han perdido relevancia por lo mucho que dejan de lado.

El resultado de asimilar la macroeconomía a la microeconomía es que nos encontramos “en la Edad Media de la macroeconomía... Y lo que hizo de la Edad Media, la edad del oscurantismo, es que ignoró, perdió tanto conocimiento, desechó el saber acumulado por los romanos y los griegos” (Krugman, 2009, traducción propia). ¿Qué conocimientos se abandonaron? De los años cuarenta a sesenta, la economía del desarrollo y la escuela estructuralista prometían avenidas a la disciplina económica que superaban la capacidad de modelaje existente. Mientras los teóricos del desarrollo insistían en los retornos crecientes a escala, las imperfecciones del mercado y el papel de las instituciones, como creaciones sociales históricas, y se preocupaban por la relación entre desigualdad, pobreza y crecimiento la economía ortodoxa se mantuvo y evolucionó en el marco de la competencia perfecta, los retornos decrecientes y, como lo sugiere Krugman, por la imposibilidad de reducirla a modelos matemáticos desechó la riqueza y la complejidad del mundo real y tomó como realidad la simplificación que sí se podía modelar (Krugman, 1999). Hoy se han retomado algunas de las propuestas de los “pioneros del desarrollo”, pero en el marco del equilibrio general en el pleno empleo de factores. Algunos organismos multilaterales como la CEPAL (2010) o la OECDE (2012) llaman la atención sobre las relaciones entre desigualdad y crecimiento o sobre la necesidad de políticas fiscales activamente pro-cíclicas para paliar la crisis y amenguar el desempleo, reconocen así el ajuste automático y sin costo.

Esta perspectiva se ha legitimado, ha dominado el pensamiento económico durante las cuatro a cinco últimas décadas y actuado como sustento de las políticas macroeconómicas desde la crisis de la deuda, no obstante las severas crisis que han cuestionado sus fundamentos y se aíslan o relegan las opciones alternativas. Las fuentes de legitimación de las doctrinas económicas son las agencias multilaterales y los centros de poder nacionales: los bancos centrales, las secretarías de hacienda, algunas universidades privadas nacionales y las grandes universidades extranjeras, en primer lugar estadounidenses, Chicago y Harvard (Palacios, 2005).

Con la crisis de la deuda los economistas tomaron el liderazgo en la redefinición de las fronteras económicas del Estado, como si éstas fueran una mera cuestión de rentabilidad y eficiencia contable. Como si las relaciones Estado-sociedad fueran una categoría unidimensional, que se sintetiza en, por ejemplo, la tasa de retorno de las inversiones. La revolución científica y tecnológica, la unificación del mercado mundial de bienes y capitales y el colapso del socialismo son transformaciones que se usan, por una parte, como

argumento para reforzar la idea de la objetividad científica de la ciencia económica y, por la otra, para legitimar como único racional un determinado tipo de políticas económicas y un determinado tipo de economistas y se amplía progresivamente la brecha entre la economía y la política.

La Gran Recesión de 2008 parecía ser el “gran remezón” al edificio conceptual en boga en las últimas décadas, que obligaría a abandonar el autismo de la teoría dominante y de las políticas económicas que sustenta. Entre los paradigmas más cuestionados durante la crisis, y que parecía llamado a desaparecer, está la *hipótesis de los mercados eficientes* (HME o las siglas en inglés EMH), la cual tiene su origen en la racionalidad del inversionista (Fama, 1970, laureado con el Nobel por este hallazgo, catecismo en las facultades de economía y los posgrados en finanzas). La HME dio luz al axioma de que los precios que dicta el mercado son siempre correctos y dan la información necesaria para la mejor ubicación de los factores productivos. Robert Shiller (2000) afirmó que la HME es uno de los más notables errores en la historia del pensamiento económico, pues el hecho de que los precios sean impredecibles no implica que se deba asumir que los que da el mercado sean siempre correctos; aplicada a los mercados financieros dio luz verde a la desregulación y a la aprobación de los mercados de Hedges Funds y a la crisis de 2008. Según A. Greenspan, en comparecencia ante el Congreso de Estados Unidos, esta laureada hipótesis es responsable de la crisis de 2008 que “derrumbó el edificio intelectual en el que se basó la política macroeconómica de los últimos 25 años” (Greenspan, 2008). Greenspan añadió que esta hipótesis reforzó la idea de que la información y los modelos perfectos habían eliminado el riesgo y potenciado la racionalidad de los agentes económicos, por lo que la regulación no sólo era redundante, sino nociva. La crisis mostró que los agentes pueden ser peligrosamente irracionales y que los modelos fueron imperfectos, incapaces de señalar los riesgos. Para otros, la HME es la responsable del crecimiento intensivo en energía y otros recursos naturales, la deforestación, la contaminación y el cambio climático (Woodward *et al.*, 2006).

Pasado el pánico de la crisis, se recurre a esas ideas que, como zombis, aún rondan el espacio (Quiggin, 2010) para mantener en pie la construcción, que según uno de sus arquitectos, había colapsado. Quiggin sugiere que todo indica que no se desarrollarán, con la celeridad que la economía mundial demanda, los modelos económicos que se alejen de las expectativas racionales y tomen en cuenta e integren a los “espíritus animales”, es decir, asuman al ser humano tal como es, con temores, ilusiones, capaz de exuberante optimismo, seguido de caídas profundas en oscuro pesimismo. Añade el autor que es necesario que la economía acepte que “fenómenos sociales como la confianza

y seguridad en las instituciones son cruciales para entender los fenómenos macroeconómicos” (Quiggin, 2010b).

¿CUÁL ES LA NATURALEZA DE LA CIENCIA ECONÓMICA Y CUÁL LA DEL ECONOMISTA?

Por otra parte, la crisis puso en el centro del debate si la economía es una ciencia con una racionalidad intrínsecamente científica, que la ubica más allá de los intereses de clase o de grupo y si los economistas son efectivamente científicos portadores de racionalidad y verdad incuestionables avaladas por una ciencia exacta, dotada de leyes absolutas. Pero “...el economista, portador de un saber legitimado, se transforma en actor público cuando ingresa al entramado institucional y político. En este momento vincula su saber al poder...” (Palacios, 2005). En ese momento, al participar en la definición de políticas o de leyes, decisiones de carácter obligatorio, el economista adquiere el poder de imponer su voluntad en toda relación social. Al afectar o promover intereses específicos dentro de la sociedad, sus decisiones son de naturaleza política; así los economistas se presenten como no pertenecientes a ningún partido político, pues no militar en organización partidista alguna no es sinónimo de neutralidad ideológica (Pechman, 1989; Babb, 1998 y 2001; Valdés, 1995; Montecinos, 1998; Colander *et al.*, 1987).

El economista se ha considerado instrumento de la modernización del Estado, la cual se lograría al llevar al gobierno a técnicos que administren la cosa pública racionalmente y con neutralidad política. Despolitizar, burocratizar la administración, ha sido el lema de la modernización que ha devenido en el contrapunteo entre técnica y política y en la mengua del poder de decisión en materia económica, de los poderes emanados de las elecciones y con responsabilidad política ante los electores (Palacios, 2005). Al redefinir las fronteras, el Estado erigió la rentabilidad del capital como el eje rector de la economía, y a la eficiencia, la rentabilidad y la competitividad como los criterios rectores de las políticas públicas, los que tomaron preeminencia sobre la equidad. Se abandonó el principio de que eficiencia y equidad forman una unidad y como tal deben ser tema de la economía política y objeto de discusión de las democracias y no, como hoy, que el debate se centra en si con democracia el mercado asegura o no la eficiencia paretiana (Stiglitz, 1991). Se prioriza la estabilidad al empleo y se relega la equidad a medidas residuales, fuera de las políticas económicas, sólo para reparar los estragos que a la equidad impone la preferencia excluyente a la eficiencia y a la rentabilidad del capital. De ahí que desde la

visita del Barón de Humboldt a la Nueva España, por allá a inicios del siglo XIX, América Latina permanezca como la región más inequitativa del planeta.

¿POLÍTICAS ECONÓMICAS O POLÍTICAS SOCIALES?

La falsa dicotomía

Todo lo anterior ha fortalecido la discusión sobre la relación entre las políticas económicas y las políticas sociales, derivada de los paradigmas económicos dominantes. En forma sintética, definir el crecimiento como el objetivo final de toda política económica subordina todas las demás políticas respecto a las políticas para asegurar el crecimiento del PIB. La definición de desarrollo y de política social, normalmente aceptada desde los años setenta, claramente consagra esa subordinación: “Desarrollo económico significa crecimiento de ingreso per cápita sostenido y sostenible, *complementado* [el énfasis es de la autora] con diversificación de la producción, reducción de la pobreza absoluta y de la expansión de las oportunidades económicas para todos los ciudadanos” (Stuart, 2006, traducción de la autora). Así, el crecimiento, que es el instrumento para el desarrollo, se convierte en éste, lo copa. En efecto, “nosotros visualizamos el desarrollo social como un complemento natural del desarrollo económico con valor intrínseco e instrumental” (Banco Mundial, 2005).⁵ Considerar la política social un complemento de la política económica, un instrumento que, como tal, no puede afectar ni la esencia ni la naturaleza de éste, resulta en políticas sociales de mero alivio de los efectos más agresivos y nocivos del modelo de crecimiento, aceptada como medio para evitar el ya latente y amenazante desencanto con la democracia y la globalización y con el fin de prevenir conflictos sociales de resultados imprevisibles: las elecciones de gobiernos con programas distributivos como los de América del Sur y que en Ucrania pusieron, si no un fin, por lo menos un alto en el camino a la Revolución Naranja, o las recientes protestas en el Medio Oriente, el movimiento de los Indignados de España, los disturbios violentos en el Reino Unido, para no mencionar las manifestaciones de los jóvenes chilenos en pro de una universidad pública y gratuita.

En este contexto de subordinación, los programas distributivos aceptables son sólo los de alivio, marginales y, por lo tanto, poco o nada efectivos, de-

⁵ En esta definición de desarrollo, usar como sinónimos o equivalentes los calificativos intrínseco e instrumental, además de confundir, sólo mengua el efecto de calificarlo, y usarlo, como instrumento y no como fin.

pendientes de la trayectoria de la economía y los ingresos fiscales, con tasas de imposición que no afecten la tasa de retorno ni la rentabilidad relativa. Hoy vemos cómo en el debate sobre la deuda estadounidense el énfasis es limitar los derechos ciudadanos: pensiones, seguridad médica, acceso a la educación. Y esa fue la lógica de los programas de ajuste y reformas poscrisis de la deuda en América Latina.

En este orden de ideas se desasoció la política social de la económica, lo cual tiene sus orígenes en la separación de la economía en positiva y normativa. Esta dicotomía profundiza la separación de la eficiencia y la equidad y conduce a la falsa pretensión de una total independencia entre objetivos sociales y objetivos económicos, entre los cuales puede haber incluso contradicción, en cuyo caso priman los económicos. Ésta es una distinción sin contenido ni sentido económico real. Veamos, por ejemplo, algunos elementos centrales de la política macroeconómica actual. La política de revaluar la moneda nacional para controlar la inflación, por ejemplo, tiene efectos distributivos claros que se tratan de ignorar. La revaluación es un subsidio a las importaciones y afecta la producción y el empleo de los bienes transables, importables y exportables. Es también un subsidio a los que tienen deudas y gastos en dólares y, en los países que las reciben, un impuesto a las remesas que grava el ingreso de los receptores, en su mayoría hogares pobres. La contención de la inflación afecta el empleo y los ingresos laborales, y la contracción del gasto y la inversión en educación, o en salud el ingreso de los hogares disponible para otros gastos y el crecimiento económico futuro. No siempre ni en todos los casos la inflación es un impuesto a los pobres, el argumento para erigir la estabilidad como la única responsabilidad de las independizadas bancas centrales, como lo concluye un estudio del Banco Mundial (Perry *et al.*, 2006).

El imperialismo de la economía sobre las demás ciencias sociales

Finalmente, se ha retomado el debate sobre la relación de la economía y las ciencias sociales (Becker, 1996 y 1992; Fine, 2008) y se destaca la adopción por las demás disciplinas de la racionalidad económica derivada de elementos microeconómicos y de axiomas económicos emanados de éstos y que hoy están en tela de juicio entre los economistas. Me refiero a la racionalidad del agente económico, los precios correctos, el poder democratizante del mercado. Al aplicar esta lógica económica y estos criterios microeconómicos, por ejemplo, al análisis de los movimientos guerrilleros o de las guerras civiles o al comportamiento del electorado como lo hace Collier (2009) y a las protestas sociales como lo hiciera Cameron recientemente, al analizar los disturbios en Londres

en protesta por los programas de ajuste, se elimina el entorno social y las relaciones de poder que las rodea y en ocasiones las causas o las acompaña y, en consecuencia, se las criminaliza. Las expectativas racionales han sido usadas en otras ciencias sociales para centrarse en el individuo y prácticamente eliminar el contexto social, como lo dijera alguna vez Margaret Thatcher (1987): “La sociedad no existe, sólo hay hombres y mujeres individuales y hay familias”.

La sociología y la ciencia política siguen los pasos de la economía en aquello de pasar de la historia a la ciencia y adquirir la capacidad de predecir. Para ello, adoptan y transfieren a sus campos de análisis las mismas metáforas y fábulas de la economía, mejor de la macroeconomía. Al captar la racionalidad del individuo, sobre la base de sus preferencias y restricciones particulares, predicen el comportamiento social. No han resuelto del todo cómo arribar a agregaciones convincentes y cercanas a la realidad. Pero, como diría Samuelson (1969), mientras más científicos los modelos menos sociológicos.

Muchos programas sociales están fundados en esta lógica: el reemplazo de los derechos sociales, del Estado de bienestar, por los programas de transferencias focalizadas a los pobres que lo ameriten por su nivel de pobreza y porque se comportan de acuerdo con los requerimientos de los programas: llevar a los niños al médico, etcétera. El mercado resolverá el problema del calentamiento global y la eliminación de contaminantes se hará mediante la venta de bonos. Llevada esta ideología al extremo, propicia y prioriza la filantropía privada como instrumento de distribución del ingreso antes que la tributación directa. Esto es evidente en la promoción de la conciencia social de las empresas, ya para remediar el daño ecológico ya el costo social. Lo que las empresas, por ejemplo las petroleras, gasten en reparar estos daños o asumir el costo de estas *imperfecciones del mercado*, se reduce de sus impuestos. Es una forma de vincular directamente al depredador con el daño y va en línea con el liberalismo económico y el Estado no interventor y la burocratización de los temas políticos y económicos.

Los mercados perfectos y las expectativas racionales invadieron el estudio de las instituciones y la historia económica con la *cliometría*. El estudio e interpretación de las instituciones también adopta, tanto los mercados perfectos, la información completa como las expectativas racionales para proponer la tercera ola de reformas estructurales (Fin, 2008), dado que el fracaso de las primeras se atribuye a que las instituciones existentes en los países en desarrollo distan mucho de ser las idóneas para catalizar los efectos de las reformas estructurales y para proponer reformas que acerquen las instituciones de los países del Sur a las anglosajonas, particularmente las estadounidenses, como se puede colegir de los múltiples trabajos de Acemoglu (2012).

LA ECONOMÍA Y LA CRISIS SILENCIOSA

Y, unas reflexiones finales en relación con el tema que nos ocupa. La perspectiva microeconómica de la elección racional ha invadido la política pública de fomento a la educación, muy especialmente la superior y por supuesto a la enseñanza de la economía, conformando un círculo vicioso. En este campo, ha reforzado la dicotomía entre utilidad y necesidad social, entre beneficio social y lucro privado y entre enseñar humanidades y tecnologías y pretender transformar la educación en mercancía. En la enseñanza de la economía el efecto ha sido el retroceso de la matrícula en las facultades de economía y el avance en las escuelas de negocios y, en las de economía, la preferencia por la micro y el “menosprecio” de la macro, la historia, etcétera.

Nussbaum (2010: capítulo I) nos alerta sobre una crisis silenciosa y larvada, más perniciosa que la financiera del que vive la educación universitaria desde hace unas décadas. Es el proceso alimentado por el ánimo de lucro como fin vital, que lleva a la sociedad a desechar las humanidades como base de formación y fundamento social, a tal punto que los padres de familia de hoy se avergüenzan de tener hijos que se dediquen a ellas. En educación, fincan sus esperanzas en el desarrollo de las habilidades para el éxito financiero que con la formación cívica y humana. Este tipo de involución parte del miedo a la precariedad e inseguridad material y conduce, fatalmente, al eclipse de la perspectiva humanística y a la entronización del enfoque productivista en educación, a su calificación según impacto y resultados, indicadores en los cuales brillan por su ausencia los aspectos humanísticos de la ciencia, la imaginación innovadora, el rigor del pensamiento y la crítica; factores que en ocasiones demasiado frecuentes son tildados de frivolidades improductivas.

Un ejemplo de esta tendencia productivista en la educación superior es la decisión del Primer Ministro del Reino Unido de encargar al Sr. Browne, anterior presidente de la British Petroleum, elaborara el informe para reformar la política pública universitaria y para “modernizar” la correspondiente política financiera. Esta decisión constituyó el abandono de la política gubernamental de abrir, a todos los hijos de los ciudadanos británicos, el acceso a la universidad y así crear para todos la oportunidad de estudiar, aprender y “entrar a un mundo que de otra forma les estaría vedado, ya por la clase social, ya por el ingreso, ya por la raza” (Fish, 2010). Estas oportunidades se cerrarán a los de menos ingresos si se aplica el informe Browne (2010), llamado *Securing a Sustainable Future for Higher Education*. Por lo pronto, las colegiaturas se triplicaron, hecho que suscitó levantamiento estudiantil airado. Con frases aparentemente amistosas, tales como: “Nuestras recomendaciones ...buscan

dar a los estudiantes la habilidad de decidir, plenamente informados, en dónde y qué estudiar... ‘los estudiantes están en la mejor posición para juzgar sobre qué esperan de la educación superior’” (Browne, 2010: 24, traducción propia), se esconde a los estudiantes la verdadera lógica del informe, tanto el principio de que la educación se ofrece en un mercado regido por racionalidad incuestionable y perfecta información como que sólo el que puede pagar tiene el derecho a comprar el bien ofrecido. Pero es prudente considerar, por una parte, que los estudiantes no son los mejores jueces para decidir, ya que desconocen el contenido de las carreras y, más importante aún, no conocen plenamente sus talentos y la universidad, especialmente en los pre-gradados, es la oportunidad para descubrirlos y desarrollarlos. Su decisión, a la temprana edad de 17 o 18 años, puede estar limitada por su origen, su estatus social y, por supuesto, por el poco conocimiento de las carreras. Pero lo más grave, añade Fish, es que el informe asume que los estudiantes desean es tener dinero y lo más rápido posible, que ese es su único objetivo y que ese es el objetivo de la sociedad. Se aplican sin parámetros y con elevada miopía algunos fundamentos de la teoría del capital humano, en la cual la métrica de la educación es el aumento en la productividad laboral y la rentabilidad del tiempo y el esfuerzo invertido en el estudio. Los estudiantes son clientes y el gobierno dará no ya fondos a las universidades sino bonos a los estudiantes, según sus decisiones: mayores si escogen carreras técnicas y menores si otras. Los estudiantes invierten esos recursos en los cursos que seleccionen. Los cursos serán valorados según los rendimientos, uno de los cuales es que eleve la capacidad de los estudiantes a ser empleados (*employability*). Los estudiantes deberán pagar cuando tengan un ingreso que supere cierto nivel. Dice el informe Browne: “Los estudiantes pagarán el costo de su educación, únicamente cuando disfruten los beneficios de ésta. Un título universitario es una buena inversión” (Browne, 2010: 7). Y añade: “la responsabilidad de las universidades es garantizar a los estudiantes que los costos que ellos sufragán por los estudios son una inversión de alto retorno” (Browne, 2010: 7). La lógica es clara, como lo es la ideología: la educación superior deja de ser un bien público y pasa a ser un bien privado de beneficio privado.

Ya no es un bien que permea la sociedad y cuyo beneficio social es mayor al privado (Helpman, 2004). Y si es un bien privado de beneficios sólo privados y exclusivamente relacionados con el incremento en la productividad, la competitividad y la rentabilidad, debe ser financiado por los beneficiarios. Esa es, según Fish, la lógica del informe Browne, y el fin la privatización de la educación terciaria como emerge claramente de este predicamento del reporte: “A diferencia de la educación primaria y secundaria, que son financiadas de los

impuestos, la educación superior no es obligatoria ni universal. El acceso a ésta lo determinan las aptitudes –no todo el mundo está dotado para ingresar a la universidad– y por elección –algunas personas deciden no seguir los estudios aun teniendo las capacidades para hacerlo. En consecuencia, es lógico pedirles a aquellos que obtienen los beneficios de la educación superior ayuden a su financiamiento y no que dependan totalmente de fondos públicos captados de impuestos de personas que no han participado de la educación superior” (Browne, 2010: 23). Que se seleccione a los alumnos no por méritos, sino por su capacidad financiera ya ocurre. St. Huges College, de la Universidad de Oxford, fue demandado hace unos meses ante los tribunales por un estudiante aspirante a doctorado en Historia Económica, por haber rechazado su solicitud al no poder comprobar que tiene 21,000 libras para cubrir las colegiaturas y el mantenimiento. No fueron consideradas tampoco sus pruebas de que, luego de doctorarse, podría obtener ingresos para cubrir esos costos, según informa Daniel Boffey (2013) en el periódico *The Observer*. Cabe preguntar si las autoridades de este College, fundado en 1886, no confiaron que un doctor en economía y especializado en historia económica pudiera tener un ingreso suficiente para servir su deuda. ¿Lo habrían rechazado si hubiera aplicado a una carrera técnica, a una escuela de negocios? En este sentido, las finanzas sanas de las universidades se logran mediante una relación de compra y venta entre: el cliente (el estudiante) que demanda un servicio, la empresa (la universidad) que lo ofrece y la rentabilidad que garantiza la estabilidad de esa relación.

Es claro que estas ideas han circulado y circulan en nuestros ambientes en diferentes modalidades: el gasto en educación terciaria es regresivo; el Estado debe concentrar el esfuerzo en educación básica y secundaria para beneficiar a los pobres y sólo a éstos; las universidades públicas son ineficientes, costosas y nido de revoltosos, etcétera. De una u otra forma se reduce el presupuesto a la universidad pública, se elevan transferencias, donativos y regalos a las privadas y se discute el cambio de financiación actual por el de financiar la demanda. No debemos olvidar que esa fue la ruta emprendida y avanzada por Chile durante la dictadura militar, que hoy se discute y rechaza por los jóvenes que terminan los cursos con grandes deudas y llegan al desempleo. Y ese parece ser el destino de muchos egresados de la universidad: el desempleo. Diría Lord Browne (2010) en su informe: “la responsabilidad es totalmente suya; se les dio la libertad de escoger y escogieron mal”.

Reducir el valor de la educación al beneficio monetario privado es ignorar su mayor valor: crear ciudadanos libres, realmente libres que puedan hacer uso de la libertad. Se olvidan, en esta carrera por entronizar la elección racional, de tratar a los estudiantes como clientes y proponer que las universidades se

deben administrar como empresas, de los aspectos humanísticos de las ciencias y de las humanidades, el fortalecimiento de la creatividad y, sobre todo, del pensamiento crítico. Se relega el papel democratizador de la educación y, muy importante, de la educación pública y se lo reduce al de generar ingresos, estatus y poder. Las escuelas públicas de todos los niveles eran uno de los pocos sitios en los cuales se encontraban niños y jóvenes de varios grupos sociales. Eso era cuando las escuelas públicas eran buenas, de elevada calidad y ser educador era un prestigio. Pero quizás lo más grave es que se corre el peligro de acentuar aún más la desigualdad existente, ya que el ingreso a la universidad es restringido, también por la concentración del conocimiento, el acumulado en las familias y el recibido en las escuelas. Aplicando esta ideología, se alega que las universidades son torres de marfil, alejadas de la realidad y de las demandas sociales, especialmente las emanadas de la producción y otras actividades económicas, y se enfatiza que el elevado desempleo juvenil de egresados universitarios es una prueba de ello y acepta, con pasmosa resignación, que se ha perdido una generación, la más educada y capacitada de la historia. Y esto por haber escogido mal y porque el desempleo es voluntario. Los responsables del desempleo son entonces las universidades por enseñar lo que no se debe pues el mercado no lo demanda y los estudiantes por seguir sus caprichosas inclinaciones o por idealistas o ilusos. Así, como siempre hay algo que hacer y como el beneficio del desempleo anula o posterga la necesidad de trabajar en lo que se encuentre al salario que se ofrezca, y como es cómodo se alega vivir de la beneficencia se reduce el subsidio del paro, en cantidad y en duración.

Se niega que el costo del desempleo no es sólo monetario o de producción no realizada. Hay un terrible costo moral, la pérdida de autovalía del desempleado, de su noción de ciudadano pleno y útil. Y bajo estas premisas económicas se acepta que de ahora en adelante el crecimiento generará menos empleo, que se elevará la tasa natural de desempleo y deprimirán las remuneraciones al trabajo y que las sociedades y las universidades han de ajustarse a ello. Son los costos por asumir de la globalización y los avances tecnológicos.

LA TEORÍA ECONÓMICA Y LA TRAYECTORIA DE AMÉRICA LATINA CON EL NUEVO MODELO

Las reformas estructurales y la liberalización económica implantaron un nuevo orden económico y social que, basado en las premisas arriba discutidas y cuestionadas, conformaron el basamento ideológico y político sobre el cual se desarrollaron las economías de América Latina. Esas reformas fueron más

intensivas y aceleradas que en ninguna otra región en desarrollo y llevan en operación un lapso de tiempo suficiente para evaluar. Presentamos, en resumen, por falta de espacio, sólo algunos aspectos que, como corolario, cierran los planteamientos sobre la crisis de la economía y de lo que por lo general se enseñan en las facultades de economía.

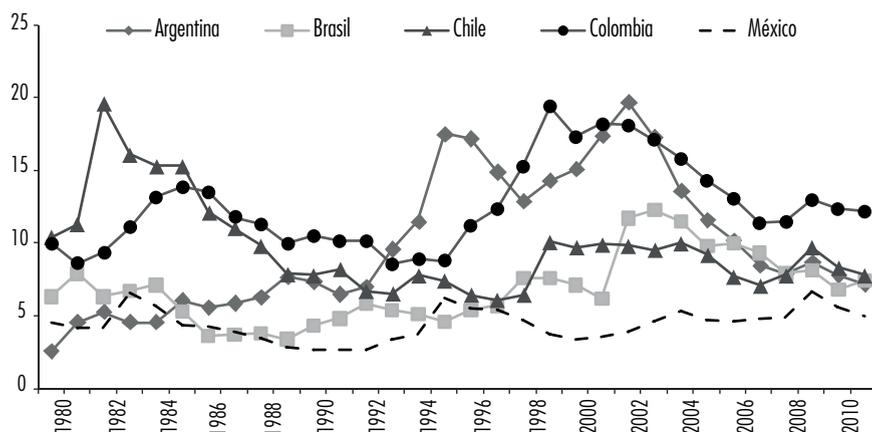
Para toda la región, la trayectoria del crecimiento de largo plazo, desde la crisis de la deuda a la fecha, acusa menores tasas a las registradas entre 1950 y 1980. Aún más, el periodo posreformas es el de menor expansión desde 1900 (Puyana, 2011). Sólo Chile, y parcialmente Argentina, muestran un desarrollo diferente. Uno de los factores del declive de la expansión económica es el relativo bajo crecimiento de la productividad del trabajo y el retroceso de los sectores productivos transables, acosados por la política de usar la tasa de cambio como ancla de precios, el desmonte de la capacidad inversionista del Estado y la prelación dada por especializar la economía en la exportación de materias primas. La reducción de las inversiones públicas no fue del todo reemplazada por inversiones privadas, mostrando que el *crowding-out* no existe ni opera o de hacerlo no se manifiesta con la intensidad proclamada. La época de mayor actividad inversionista del Estado corresponde a los periodos de alto crecimiento económico y, en muchos casos, por ejemplo México, de expansión del producto mayor que de las inversiones públicas, lo cual indica que no todo se fue a elefantes blancos ni en corrupción. Las inversiones privadas no reemplazaron las públicas, especialmente en infraestructura y proyectos de alto riesgo, lenta maduración y baja tasa de retorno. Estos pobres resultados se han obtenido luego de la gran apertura de la economía a la competencia externa, abatir la inflación, reducir el gasto público y mantener una severa disciplina fiscal, al punto de limitar la capacidad del Estado de estimular el crecimiento o reducir la desigualdad o la pobreza, ambas endemias de la región (Perry *et al.*, 2006). Estas dolencias reducen la capacidad de desatar el desarrollo.

Bajo crecimiento del producto y de la productividad y el estancamiento del coeficiente de formación bruta de capital resultan en pobre generación de empleo en términos cuantitativos y cualitativos. Los países latinoamericanos, independientemente de la modalidad de su inserción en la economía mundial y del ajuste del mercado laboral a los ciclos económicos, padecen la reducción de la elasticidad producto del empleo, el avance del empleo informal, la contracción de los salarios y la caída de la participación del trabajo en la distribución primaria del ingreso. Es una sinergia entre el tipo de crecimiento y los ajustes del mercado laboral que reproduce la precariedad del empleo y de los ingresos, la desigualdad y la pobreza. Tenemos, por una parte, que como efecto de las crisis es cada vez mayor la pérdida de empleo durante las caídas

del ritmo de crecimiento y mayor el desempleo resultante y, en contraste, es menor la recuperación del empleo y mayor el desempleo permanente, durante la parte expansiva del ciclo económico. Es decir, la famosa y elusiva tasa natural de desempleo es creciente, sugiriendo que no es natural, sino es resultado de las variables arriba mencionadas y de la acelerada liberalización de la economía, la que se potencia al mantener la tasa de cambio sobrevaluada para reducir la inflación. Ahora se acepta que será mayor la proporción de la PEA que no encontrará empleo, o la que ha de refugiarse en el empleo informal. Ninguno de los países ilustrados en la Gráfica 1 ha logrado recuperar la tasa más baja de desempleo, registrada en diferentes años.

Lo realmente preocupante es que se admite que el nuevo equilibrio de la economía se producirá con mayor desempleo y con mayor proporción de empleados en condiciones laborales precarias. Y preocupa también que se publiquen miríadas de estudios que justifiquen esta evolución como racional y dictada por el mercado y sus precios correctos. Así se justificaron las reformas estructurales, las privatizaciones, la liberalización del mercado de capitales, con el argumento de que se generaría crecimiento, más empleo y, con el tiempo, mejores ingresos laborales. Por otra parte, se insiste en la contracción del gasto público y en la renuencia de adoptar políticas activas de empleo y de reactivación de la actividad económica, con el pretexto de evitar presiones inflacionarias cuando hay, además de desempleo, capacidad instalada no utilizada y las tasas de interés lindan el cero.

Gráfica 1. América Latina. Tasas de desempleo en cinco países seleccionados. 1980-2011



Fuente: Elaboración propia basada en CEPAL, Estadísticas de empleo, www.eclac.org, consultado el 20 de enero de 2013.

En este contexto, la desocupación de los jóvenes es desproporcionada, en el sentido que su participación en el desempleo es mucho mayor a su participación en la población total y en la PEA. Y mayor aún es ese desequilibrio en el desempleo de los jóvenes con estudios universitarios. En México, por ejemplo, el 70% de los desempleados son jóvenes con estudios terciarios y hay varios millones de jóvenes entre 18 y 24 años que ni estudian ni trabajan. Otro desarrollo de este estado de cosas es la reducción del premio a la educación, no por crecimiento de los ingresos de la mano de obra abundante, como lo sugería la teoría basada en los modelos clásicos tipo HO, sino por la desaceleración de los ingresos de los más educados, buena parte de los cuales se ve orillada a desempeñar trabajos que no demandan la calificación que han obtenido. Los títulos universitarios han perdido su efecto de movilidad social.

Finalmente, presentamos la evolución de los salarios, considerando que el ingreso laboral es si no el único, sí el más importante para la gran mayoría de los hogares, por lo menos para el 80% de ellos.

Cuadro 1. Evolución del Índice de Salarios Mínimos y Remuneraciones Medias en países seleccionados 1980-2011

	<i>Argentina</i>		<i>Brasil</i>		<i>Chile</i>		<i>Colombia</i>		<i>México</i>	
	SMS	RMR	SMS	RMR	SMS	RMR	SMS	RMR	SMS	RMR
1980	131.7	121.3	135.1	...	66.0	66.2	93.5	64.9	311.8	114.1
1985	153.0	126.7	126.5	...	50.4	61.6	101.8	75.0	224.1	86.6
1990	28.3	93.3	73.8	99.7	57.7	69.3	100.4	76.3	144.5	88.9
1995	99.5	94.2	87.2	95.5	75.1	88.0	96.0	86.4	112.9	100.9
2000	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
2005	171.1	99.0	128.5	85.2	113.4	108.5	105.0	105.3	99.0	110.2
2010	226.6	117.9	155.9	89.5	119.5	114.5	108.9	109.4	97.2	113.6

Notas: SMS= Salarios Mínimos Reales; RMR= Remuneraciones Medias Reales.

Fuente: elaboración propia basada en CEPAL, www.eclac.org, consultado el 20 de enero de 2013.

CONCLUSIONES

La crisis financiera global de 2008 no se puede considerar un evento fortuito, causado por irregularidades ocasionales del mercado financiero o irracionalidad circunstancial de los individuos que entraron en la dinámica del consumo

y el crédito. Los rizomas de este colapso económico están fincados en la naturaleza misma de los presupuestos económicos fundamentales y subsistirán en la medida en que se mantengan como los pilares de la política económica. Los principios ergódicos y los fundamentos microeconómicos fueron instaurados en la economía como los únicos racionales, y de la economía se trasladaron al diseño de las políticas macroeconómicas. Fue el trasvase necesario para eliminar el poder político, la trayectoria social, la historia y convertir la economía en ciencia exacta, fuera de toda especulación, ideología o juicios de valor. Estos elementos, que se ajustaban a los intereses del gran capital financiero y de las clases dominantes, han constituido el centro de gravitación de la economía y dominan el pensamiento económico, por lo menos desde mediados de los años setenta. Así, se bursatilizan los ahorros para el retiro, los servicios, la educación.

América Latina, si bien parece haber paliado con alguna solvencia la crisis, desde la crisis de la deuda y bajo plena operación del nuevo modelo económico acusa bajo crecimiento del PIB y de la productividad, persistencia de elevados grados de desigualdad del ingreso y de la riqueza, niveles de pobreza alarmantes. La educación pública terciaria, se pensaba vehículo de movilidad social, padece crisis silenciosa por la aceptación de criterios mercantilistas en la presentación de sus objetivos y la evaluación de sus resultados, medidos en términos cuantitativos de impacto, determinado por la rentabilidad mercantil. Se abandona así el sentido democratizador del estudio y de la educación pública. No se visualiza hoy el fin de la dominación de la economía neoclásica ergódica ni de la alianza de intereses que la mantiene. El cambio, como todos los cambios profundos, es un proceso político antes que técnico.

BIBLIOGRAFÍA

- Acemoglu, D. y J. Robinson, *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*, Random House, Nueva York, 2012.
- Babb, S., “Neoliberalism and the Rise of the New Money Doctors: The Globalization of Economic Expertise in Mexico”, paper presented at the *Meetings of the Latin American Studies Association*, Chicago, September, 1998.
- Babb, S., *Managing Mexico: Economists from Nationalism to Neoliberalism*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2001.
- Bastiat, F., “That Which is Seen, and That Which is Not Seen”, en *Ludwing von Mises Institute*, 1850. Disponible en <http://mises.org/daily/3804>.
- Becker, G., *Accounting for Tastes*, Harvard University Press, Estados Unidos, 1996.

- _____, “The Economic Way of Looking at Life”, en *Nobel Prize*, 1992. Disponible en <http://nobelprize.org/economics/laureates/1992/becker-lecture.html>
- Boffey, D., “Oxford College Sued over Using ‘Selection by Wealth’ for Admissions”, en *The Observer*, 2013. Disponible en <http://www.guardian.co.uk/education/2013/jan/19/oxford-university-st-hughs-sued-student-fees> [accedido el 20 de enero de 2013].
- Browne, L., “Securing a Sustainable Future for Higher Education”, en *Independent.gov.uk* 2010. Disponible en www.independent.gov.uk/browne-report
- CEPAL, *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir*, Naciones Unidas, Chile, 2010. Disponible en http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/0/39710/100604_2010-114-ses.33-3_la_hora_de_la_igualdad_doc_completo.pdf
- Colander, D. y A. Klamer, “The Making of an Economist”, en *Economic Perspectives*, vol. 1, núm. 2, 1987, pp. 95-11.
- Collier, P., *Wars, Guns and Votes: Democracy in Dangerous Places*, Harper Collins Publishers, New York, 2009.
- Comisión (RDMP, 2009), “Reporte sobre la enseñanza de la economía” en *Journal of Economic Literature*, septiembre, 1991.
- Davidson, P., “Is Economics a Science? Should Economics be Rigorous?” en *Real-world Economics Review*, núm. 59, 2012. Disponible en <http://www.paecon.net/PAEReview/issue59/Davidson59.pdf> [accedido el 13 de junio de 2012].
- Fama, E., “Efficient Capital Markets: a Review of Theory and Empirical Work”, en *Journal of Finance*, vol. 25, núm. 2, 1970, pp. 383-417.
- Fine, B., “Vicissitudes of Economics Imperialism”, en *Review of Social Economy*, núm. 66 (2), 2008, pp. 235-240.
- Galbraith, K., “El poder y el economista útil”, en *Trimestre Económico*, vol. 41, núm. 161(1), enero-marzo, 1974, pp. 231-247.
- Fish S., “The Value of Higher Education Made Literal”, en *The New York Times*, 13 de diciembre de 2010. Disponible en <http://opinionator.blogs.nytimes.com/2010/12/13/the-value-of-higher-education-made-literal/>
- Greenspan, A., “Testimony to the Committee of Government Oversight and Reform”, en *Clips and Comment*, 2008. Disponible en <http://clipsandcomment.com/wp-content/uploads/2008/10/greenspan-testimony-20081023.pdf> [Accedido el 27 de julio de 2011].
- Helpman, E., *The Mystery of Economic Growth*, Harvard University Press, Estados Unidos, 2009.

- Kay, J., "How Economics Lost Sight of Real World" en *Financial Times*, 21 de abril de 2009. Disponible en <http://www.ft.com/cms/s/0/35301d06-2eaa-11de-b7d3-00144feabdc0.html>, [Accedido el 15 de junio de 2009].
- Klamer, A., *Speaking of Economics: How to Get in the Conversation*, Routledge, Londres, 2007.
- Klamer A.; D. McCloskey, y R. Solow, *The Consequences of Economic Rhetoric*, Cambridge University Press, Reino Unido, 1989.
- Krugman, P. (a), "A Dark Age of Macroeconomics (wonkish)", en *New York Times*, 27 de enero de 1999. Disponible en <http://krugman.blogs.nytimes.com/2009/01/27/a-dark-age-of-macroeconomics-wonkish/> [Accedido el 15 de marzo de 2011].
- Krugman, P. (b), "The Fall and Rise of Development Economics", en MIT, 1999. Disponible en: [Shttp://web.mit.edu/krugman/www/dishpan.html](http://web.mit.edu/krugman/www/dishpan.html)
- Simon, W., "Modelling What You can See" en *Mainly Macro*, 2010. Disponible en <http://mainlymacro.blogspot.mx/2012/07/modelling-what-you-can-see.html> [Accedido el 20 de julio de 2012].
- McCloskey, D., *The Rhetoric of Economics. Great Britain*, Brighton, Gran Bretaña, 1986.
- Mirowski, P., *Natural Images in Economic Thought: Markets Read in Tooth and Claw*, Cambridge U., Londres, 1994.
- Montecinos, V., *Economists, Politics and the State: Chile 1958-1994*, CEDLA, Amsterdam, 1998.
- Nussbaum, M., "Capítulo 1, Not For Profit", en *Why Democracy Needs the Humanities*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2010.
- OECD, "Divided We Stand: Why Inequality Keeps Raising" en *OECD Publishing*, 2011. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1787/9789264119536-en>.
- Palacios, M., "Knowledge is Power: The Case of Colombian Economists", en V. Fitzgerald, y R. Thorp (eds.), *Economic Doctrines in Latin America: Origins, Embedding and Evolution*, Palgrave, Oxford, Gran Bretaña, 2005.
- Pechman, J., (ed.), *The Role of the Economist in Government. An International Perspective*, Columbia University, Estados Unidos, 1989.
- Perry, G. et al., *Reducción de la pobreza: círculos virtuosos y círculos viciosos*, Banco Mundial y Mayo Editores, Washington-Bogotá, 2006.
- Post-Autistic Economics Newsletter, 2000, noviembre, 2000. Disponible en <http://www.paecon.net/PAERReview/wholeissues/issue1.htm>
- Puyana. A., "Economic Growth, Employment and Poverty Reduction: A Comparative Analysis of Chile and Mexico", en *ILO Employment W P*, núm. 78, 2011. Disponible en http://www.ilo.org/employment/Whatwedo/Publications/working-papers/WCMS_156115/lang-en/index.htm

- Quiggin, J., “Zombie Economics: How Dead Ideas Still Walk Among Us”, Conferencia dictada en London School of Economics and Political Science el 25 de noviembre de 2010. Disponible en <http://www2.lse.ac.uk/publicEvents/events/2010/20101125t1830vSZT.aspx> [Accesada el 10 de diciembre, 2010].
- Retamozo, M., “La ciencia política contemporánea: ¿Constricciones de la ciencia o aniquilamiento de lo político? Apuntes críticos para los estudios políticos en América Latina”, en *Andamio, Revista de Investigación Social*, vol. 6, núm. 11, 2009, pp. 71-100.
- RDMP, “Her Majesty the Queen...” (2009), en *Revue du MAUSS permanente*, 14 de junio de 2012. Disponible en <http://www.journaldumauss.net/spip.php?article535>
- Samuelson, P. (ed.), *International Economic Relations. Proceedings of the Third Congress of the International Economic Association*, Macmillan, Londres, 1969.
- Shiller, R., *Market Volatility*, MIT Press, Nueva York, 1989.
- Simon W., “Modelling what you can see”, 2010, accedido el 20 de julio del 2012 en <http://mainlymacro.blogspot.mx/2012/07/modelling-what-you-can-see.html>.
- Stiglitz, J., “The Invisible Hand and Modern Welfare Economics”, en NBER, 1991. Disponible en http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=227430## Working Paper No. w3641
- Stuart, L., *Economic Development: Theory and Practice for a Divided World*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 2006.
- Thatcher, M., Entrevista en *Woman's Own*, 1987. Disponible en <http://www.margareththatcher.org/speeches/displaydocument.asp?docid=106689>
- Valdés, J., *Pinochet's Economists. The Chicago School in Chile*, Cambridge, Gran Bretaña, 1995.
- Woodward, J. et al., *Growth isn't working. The Unbalanced Distribution of Benefits and Costs from Economic Growth*, New Economic Foundation, Londres, 2006. Disponible en <http://www.newecono>

